

## **Retrato del pintor sobre una mesa camilla.**

De pequeño, cuando aún no había nacido el hermano que iba a bautizarle definitivamente cortándole el nombre por la mitad, el pintor se arrodillaba sobre una silla y llenaba hojas y hojas de caballos en movimiento, con una mano rápida, segura y vehemente, que a los hermanos que nos apretujábamos a su lado, nos dejaba boquiabiertos, convencidos que asistíamos a un prodigio. Más tarde supimos que se llamaba creación.

En aquella mesa descubrió que la pintura era su mejor manera de conocer el mundo. Al cabo de los años, Anto no ha perdido nada de su primera pasión, casi violenta, que le reducía los labios a una raya de tanto apretarlos, y le concentraba la mirada en una atención ceñuda que nunca se parecía a esas miradas que acarician lo que contemplan, pero si tenía que ver con las garras de las fieras dispuestas a devorar su presa. La misma pasión que le lleva aseguir explorando de manera absorbente una realidad movediza, insatisfecha, que se hace y se deshace en la lucha continua por nacer de nuevo o por sobrevivir. Su pintura representa la fluidez de las formas: lo sólido se diluye en líquido o en fuego, la luz agujerea las sombras, el color se agita, la superficie se hace transparente y muestra lo que escondía, las imágenes se buscan o se destruyen. Es el problema de la identidad que Anto expresa en una frase:

*“Yo no soy yo”*; del ser individualizado por un instante en tabla de martirio, en toro o en botella, y que se fragmenta en una repetición sin límites. Incertidumbre del yo inmerso en el tiempo y en un espacio sin perfiles definidos. Esta paradoja se manifiesta en el contraste entre las estructuras pictóricas y los distintos soportes: tabla, papel transparente y lienzo.

La pintura de Anto es el reflejo de una profunda inquietud que, en palabras de José Marín-Medina, *“busca la armonía integral de todos los románticos-antiguos y modernos-, la plenitud sensible de combinar lo abstraído, sugerido y fantaseado con lo racional, concreto y real, buscando la frontera de la luz como destino”*.

Sobre la mesa camilla de antaño el pintor nos pasmaba cuando llenaba hojas y hojas con cientos de caballos que nunca eran iguales y que nunca estaban quietos.

**Mercedes Chozas Pedrero 1996**